

grieta aún que lo que los vencedores llamaban rebelion y apostasia. Si los Eslavos, en medio de su furor, habían llegado á degollar á sus príncipes cuando éstos se mostraban favorables á la religion cristiana, fué debido á que el paganismo era para ellos una cuestion de libertad y de independencia. Los historiadores contemporáneos lo confiesan. Los Alemanes no convertían á los Eslavos más que para explotarlos, y la religion servía de instrumento á la codicia y á la ambicion (1).

Si en algun punto la conversion fué pacífica, se debió á la influencia de la monarquía; el duque de Polonia fué convertido al cristianismo por su mujer, princesa bohemía, y despues impuso su religion á sus súbditos; pero el paganismo quedó en el fondo de los corazones. Los Húngaros fueron durante mucho tiempo el terror de los pueblos cristianos; pero vencidos y un tanto civilizados, el interes hizo que sus reyes se adhiriesen á la sede romana. Uno de sus príncipes mereció ser colocado en el número de los santos: San Estéban empleó todos los medios de que puede disponer un rey para atraer al cristianismo á sus súbditos; la conversion, poco sincera, se vió turbada por muchos arrepentimientos, y fué necesario acudir á la severidad de las leyes para reprimir las apostasias y para vencer las resistencias (2). Desde últimos del siglo X hasta principios del XI, los duques de Polonia hicieron una guerra encarnizada á las poblaciones paganas de la Pomerania. La ambicion se cubrió con la máscara del celo religioso; y á pretexto de convertir paganos, los Polacos sostuvieron largas guerras. Vencidos los Pomeranos, se hacían bautizar; pero tan luégo como habían recobrado fuerzas, rechazaban el cristianismo con el yugo del extranjero (3). Acabada la conquista, llegaron los misioneros, cuya tarea era fácil, precedidos como iban por el terror que infundía el nombre polaco: la conversion no era más que la toma de posesion de un país vencido. El siglo XII es el reinado de la fuerza en el terreno de la religion. La resistencia fué tenaz, y más de un país quedó desierto y tuvo que ser repoblado por colonos alemanes. La conversion

(1) ADAM. BREMENS., IV, II; HELMOLD, I, 21, 25 (PERTZ, t. VII, página 344).

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, páginas 118, 126.

(3) MARTINI GALLI *Chronica*, p. 15 (GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, § 89, nota a).

de los Fineses, de los Livonios y de los Prusianos fué una horrible carnicería (1).

La guerra es muy mal instrumento de conversion; la religion impuesta por la fuerza, léjos de unir las razas enemigas, sólo consigue dividir las más; una parte muy pequeña de los Eslavos fué convertida al Evangelio por la conquista germánica; el resto de las poblaciones quedó fuera de la unidad romana. La Rusia, medio oriental, se dejó arrastrar por el cisma griego; y confundiéndose la religion con el Estado, el cristianismo fué impuesto por medio de un ukase (2). La influencia de las razas se manifiesta en aquella oposicion entre el cristianismo griego y el cristianismo romano: siempre la antigua oposicion del Oriente y del Occidente. Roma no ha llegado ni llegará á establecer la unidad allí donde Dios ha querido la diversidad. Apenas si el catolicismo ha llegado á prender en la raza eslava. En Oriente, sus esfuerzos fracasaron por completo en la Edad Media; y las cruzadas no quitaron al mahometismo ni una pulgada de tierra, ni un alma; cierto es que dieron lugar á que se estableciesen relaciones entre el papado y el lejano Oriente, pero relaciones diplomáticas más bien que religiosas.

La unidad cristiana se terminó en el Occidente en la época misma en que se constituía el feudalismo. Hemos estudiado el genio germánico, que, condenado en apariencia al aislamiento, se abrió ancho camino por la fuerza de expansion que posee. Sigamos ahora á la religion y á la Iglesia en aquellos siglos en que parece reinar el aislamiento más completo, y verémos cómo la unidad católica domina la diversidad feudal.

N.º 2.—*El cristianismo, lazo internacional.*

I.—*La religion.*

La religion es por su esencia un lazo entre los hombres; la fe une á los que participan de ella, como la sangre une á las familias. La union religiosa puede existir en todo su rigor, sin que los creyentes, esparcidos por las diversas partes de la tierra, se vean ni se conozcan: saben que son uno en Dios, y eso basta para mantener el sentimiento

(1) GIESELER, *Kirchengeschichte*, t. II, 2, p. 89.

(2) NEANDER, *Geschichte der christlichen Religion*, t. IV, páginas 116-118.

de fraternidad. En una época en que las relaciones son fáciles y numerosas, en que la escritura, multiplicada hasta lo infinito por la prensa, se difunde por todo el mundo con la maravillosa prontitud de la luz, la vida religiosa puede circular activa y potente á través de los espacios, sin que los hombres se muevan. Pero no sucede así en los tiempos en que las comunicaciones son raras y difíciles: se necesita entonces que los hombres se toquen, para que haya cambios de ideas y de sentimientos entre ellos; el aislamiento intelectual relajaría y acabaría por romper el lazo que la comunidad de creencias establece entre los fieles. Tal era el estado de la sociedad bajo el régimen feudal; no existían los medios que hoy tenemos para comunicar nuestras ideas, y se necesitaba que los mismos hombres se pusiesen en movimiento para mantener los lazos intelectuales: tal es la razon providencial de las peregrinaciones, que fueron para la religion lo que el espíritu de aventura fué para la caballería. Muchas veces se mezclaban y confundían los dos sentimientos; no pocos peregrinos eran barones á quienes los remordimientos de una vida de vandalismo llevaban á los Santos Lugares para buscar en ellos la expiacion de sus pecados; y aún aquellos que no tenían crimen que expiar iban impelidos por el genio inquieto de la raza germánica; la peregrinacion les servía para sustraerse al enojo de la aldea; la vida errante del peregrino satisfacía á la vez el sentimiento religioso y la necesidad de movimiento (1). Demos gracias á ese espíritu aventurero de nuestros padres, y felicitémonos de que la religion sirviese de instrumento para crear relaciones entre los hombres. Sin las peregrinaciones de los fieles, sin las aventuras de las hordas de armas, la sociedad cristiana se habría inmovilizado entre las cadenas del feudalismo, y la inmovilidad es la muerte.

Pero si las peregrinaciones fueron un instrumento poderoso de civilizacion, ¿quiere eso decir que hay que enaltecer aquella supersticion de la Edad Media como una obra santa? Guardémonos de santificar nuestros errores sólo porque Dios sabe sacar de nuestros extravíos ventajas para el progreso de la humanidad. También la guerra mez-

cla los pueblos y las civilizaciones; ¿habrá que legitimar por eso las malas pasiones que ensangrientan al mundo? Las peregrinaciones, á pesar del bien que produjeron, estaban inspiradas por la supersticion; y no son los filósofos los primeros que las han reprobado, lo hicieron ántes los Padres de la Iglesia. Oigamos á un ilustre teólogo de la Iglesia griega; Gregorio Nacianceno dice: "¿Habita Dios corporalmente en determinados lugares más bien que en otros?... No es el cambio de habitacion lo que nos aproxima á Dios. En cualquiera parte que esteis vendrá Dios á vosotros, si vuestra alma es un asilo digno para recibirle. Pero si en vosotros el hombre interior está lleno de pensamientos culpables, aunque estuviérais sobre el Gólgota, aunque estuviérais en el Monte de las Olivas, aunque estuviérais en el sepulcro de la Resurreccion, estaríais tan distantes de Jesucristo como aquellos que jamás han profesado su fe. Aconsejad, pues, á vuestros hermanos que para elevarse á Dios no viajen á Palestina, sino que se apartén del mundo," (1). Los Padres latinos, aún cuando eran ménos opuestos que los griegos á las exterioridades, participaban de las opiniones de aquéllos respecto á las peregrinaciones: "¿Nos ha dicho acaso Jesucristo: Id á Oriente para hallar justicia, navegad al Occidente para merecer el perdon de vuestros pecados? No son los largos viajes, dice San Agustín, los que constituyen la fe. En cualquiera lugar que esteis, podeis elevaros á Dios, pero es amando, no navegando," (2). San Jerónimo pasó su vida en la Tierra Santa; y testigo de la concurrencia de peregrinos, el celo de éstos no debió edificarle gran cosa, cuando escribe que las puertas del cielo se abren en Bretaña tan bien como en Jerusalem (3). Esos testimonios se refieren á los bellos siglos de la Iglesia; ¿qué no sucedería durante la noche de la Edad Media? Los santos y los concilios responderán por nosotros. Á mediados del siglo VIII, San Bonifacio escribe al arzobispo de Cantorbery: "No puedo ocultaros que la honestidad y el pudor de vuestra iglesia sufren gran detrimento; y no hay más que un remedio al mal, se necesita que un concilio prohíba á las religiosas y á las mujeres

(1) GREG. NAZIANC., *Op.*, t. III, p. 613.

(2) AUGUSTIN., *Sermo I, de Verbis apostolicis, Petri ad Christum; Serm. III, de martyr. verb.*: "Ad eum ubique es, amando venitur, non navigando."

(3) HIERONYM., *Epist. XIII ad Paulin.*

(1) En las Fórmulas de MARCOLOFO (II, 49) se puede ver una carta de recomendacion de un peregrino para el papa y para varios obispos: "Portitor iste, radio inflammate divino non, ut plerisque mos est, vagandi causa..."

sus frecuentes viajes á Roma; la mayor parte de ellas pierden su pureza y honestidad; hay muy pocas ciudades en las Galias y en la Lombardía en que no se encuentre alguna peregrina prostituida. Esto es un escándalo para toda la Iglesia,, (1). Las peregrinaciones, no solamente eran un peligro para las costumbres, sino que viciaban la idea misma de la penitencia: "Los clérigos viven en el desorden, dice un concilio del año 813, y creen purificarse haciendo un viaje de peregrinacion á Roma ó á Tours. Los seculares se dicen unos á otros que pueden pecar impunemente con tal que vayan á rezar sobre el sepulcro de San Pedro,, (2). En los siglos siguientes, la Iglesia favoreció aquellas funestas preocupaciones: los mayores crímenes, los latrocinios de los hombres de armas, que comprometían la existencia misma de la sociedad, se purgaban con una peregrinacion á Jerusalem (3).

Ni los decretos de los concilios ni los decretos de los Padres de la Iglesia bastaron á detener un movimiento que era irresistible. Hay en el catolicismo, por más que otra cosa se diga, una marcada tendencia á convertir la religion en exterioridades y ceremonias; aparte de los sacramentos, el culto de las imágenes y de las reliquias demuestra suficientemente aquella tendencia. Las peregrinaciones tenían el mismo origen; la Iglesia las ha favorecido siempre, y aquellos mismos que señalaban sus peligros no se atrevían á condenarlas. Ya en tiempo del imperio romano aflúan los fieles á Jerusalem de todas las partes del mundo, y así el Galo como el apartado Breton abandonaban su patria para ir á visitar los Santos Lugares, que sólo conocían por el testimonio de las Escrituras. San Jerónimo vió llegar á Jerusalem Armenios, Persas, habitantes de la India y de la Etiopía: el Oriente y el Occidente parecía que se habían dado cita en aquellos lugares (4). Ni la invasion de los Bárbaros, que conmovió la Europa hasta en sus cimientos, contuvo las peregrinaciones; antes bien dió un nuevo alimento á la pasión de los viajes. Los Germanos eran viajeros por naturaleza: apenas se habían establecido en sus nuevas conquistas, apenas saben que ha existido Jesucristo, y ya

(1) BONIFAC., *Epist.*, CV.

(2) *Concil. Cabilon.*, n. 813, c. XLV (MANSI, t. XIV, p. 102).

(3) FLEURY, *Discurso sobre la historia eclesiástica, desde el año 600 hasta el 1100*, § 5.

(4) HIERONYM., *Epist.* XLIV (t. IV, P. II, p. 551).

se encaminan desde las extremidades del mundo á buscar el sepulcro del Salvador. Muchas veces los malos instintos de la barbarie se mezclaban al celo de la religion. Gregorio de Tours cuenta que vió llegar á Tours un Anglo-Sajon, hombre de una grande abstinencia y que por todo vestido llevaba pieles de cordero sin el vellón: "Como nos pareció á todos muy religioso, dice el historiador frances, le honramos con la dignidad de presbítero, á fin de retenerle más tiempo entre nosotros,,. Aquel santo personaje murió del abuso del vino (1). Los grandes del reino iban á Jerusalem lo mismo que los hombres oscuros: Gontran Bosen visitó los Santos Lugares en 570, y encontró en Constantinopla á Gundebaldo, que ya regresaba (2). Los nombres de aquellos peregrinos recuerdan la áspera ambición del guerrero más que la piedad del creyente. Dueños los Bárbaros del imperio, se abandonaron á la violencia de sus pasiones, y encontraban en la peregrinacion un fácil medio de cubrir una vida de desórdenes con las apariencias de santidad.

Si poseyésemos la historia completa de las peregrinaciones, nos admiraríamos del movimiento de una sociedad que parecía que se inmovilizaba cada vez más. Las grandes peregrinaciones se dirigían, bien á Santiago de Galicia, ora al sepulcro de los apóstoles de Roma ó bien al Santo Sepulcro en Jerusalem. Las pequeñas peregrinaciones eran innumerables; los fieles aflúan adonde quiera que se conservaba el cuerpo de un santo ó donde quiera que los monjes conocían el arto de hacer milagros (3). En el siglo XI había tal concurso de peregrinos en Santrondo, que el monasterio estaba como invadido y la disciplina se resentía no poco (4). Era aquello para la Iglesia una fuente de riquezas que no se agotaba sino con la crueldad de los pueblos. Las peregrinaciones tenían frecuentemente por objeto el buscar alguna reliquia. Un descendiente del Sajon Wittikindo hizo el viaje á Roma con aquel objeto, esperando que los milagros ejerciesen más

(1) GREGOR. TURON., v. 22; VIII, 31.

(2) AIMOINI, *de Gest. Franc.*, III, 61 (BOUQUET, III, 94).

(3) El autor de la vida de San Geminiano, obispo de Modena, que escribía allá por el siglo X, dice: "Omni devotione ad ejus sepulcrum plebs urbana et rustica, quotidianis miraculis oblectata, ardentissime confluebat. Die sancti ejus funeris anniversaria, infinita populorum ad Ecclesiam convenit caterva" (MURATORI, *Antiq.*, t. V, p. 4).

(4) "Frequentabat sepulcrum ejus infinitus peregrinorum numerus, neque diebus tantum singulis, sed singulorum dierum horis superveniebat multitudo multitudini, atque noctis medio grandisona faciebat venientium et abeuntium inquietatio..." (PERTZ, x, 234).

influencia sobre los hombres del Norte que el bautismo de Carlo-Magno, y Luis el Bondadoso le dió cartas de recomendacion para el rey de Italia, para los condes y para el papa (1). La raza anglo-sajona se distinguía por la pasión de las peregrinaciones; desde el siglo VIII se veían llenas las calzadas de peregrinos ingleses, como hoy se encuentran en todos los caminos viajeros de las Islas Británicas (2). Ningun peligro les detenía, y las aventuras eran para ellos un atractivo más. Muchas veces les alcanzaba la muerte en medio de su expedicion; en el siglo X, una multitud de Ingleses sucumbieron á manos de los Árabes al atravesar los Alpes. Los príncipes y los señores por cuyas tierras tenían que pasar les abrumaban con vejaciones; en vano les prometió Carlo-Magno su apoyo: la autoridad imperial era débil, y bien pronto desapareció. El rey Canuto visitó en el siglo XI el sepulcro de los apóstoles; y en una carta dirigida á la nación inglesa dice que se ha determinado á hacer la peregrinacion á Roma "porque ha sabido de boca de los sabios que San Pedro, llavero del reino celeste, poseía una gran potestad para atar y desatar,,. El feroz conquistador tenía necesidad de un poderoso patrono, como quiera que en su ferocidad de pirata solía decir: "El que me traiga la cabeza de uno de mis enemigos será más querido por mí que si fuera mi hermano,,. Si hemos de dar crédito á sus palabras, la ciudad de los apóstoles produjo una gran revolucion en sus sentimientos de rey: "Hizo voto á Dios omnipotente de acomodar su conducta á la rectitud y de gobernar á su pueblo con justicia,,. Veló por la seguridad de los peregrinos, y el emperador de Alemania y el rey de Borgoña, que se encontraban en Roma, le prometieron no exigir peajes vejatorios á los viajeros ingleses y dinamarqueses (3).

Los sepulcros de los apóstoles atraían á los hombres más eminentes de la cristiandad; y hasta en la época en que reinaba en la corte pontificia la corrupcion más cínica, acudían los más ilustres personajes á orar sobre el sepulcro de San Pedro (4). Aquel viaje, que aún en el día nos parece largo en medio de la facilidad y rapidez de comu-

nicaciones, no asustaba á los hombres del siglo XI: Thierry, abad de San Huberto, uno de los clérigos más ilustrados de su tiempo, hizo siete veces el viaje á Roma (1); Helynando, abad de San Benigno en Dijon, iba frecuentemente á implorar la proteccion de los santos apóstoles (2). El concurso de peregrinos en la capital del mundo cristiano debía crear relaciones entre los hombres de todos los países. El duque Guillermo de Aquitania tomó la costumbre, desde su juventud, de ir todos los años á Roma; y si algun año faltaba, iba á Santiago de Galicia. Se dice de él que estaba en íntima amistad con todos los príncipes cristianos, con el rey Roberto de Francia, con los reyes de Navarra y de Leon, con el rey de Inglaterra Canuto y con el emperador de Alemania (3). La civilizacion gana siempre con las comunicaciones de los pueblos. Roma encerraba todos los monumentos de la antigüedad, y lá Italia conservaba algunos vestigios de su antigua cultura. Los peregrinos, por estrecho que fuera su espíritu, debían regresar con nuevas ideas y con sentimientos más expansivos; y si traían reliquias, también venían algunas veces cargados de libros, reliquias de otra especie, que fructifican más que los huesos de los muertos.

Al principio del siglo XI, las peregrinaciones tomaron una extension considerable. Un cronista contemporáneo titula uno de sus capítulos: *Afluencia de los pueblos de todo el universo al Santo Sepulcro de Jesus*. "Una multitud innumerable, dice Raoul Glaber (4), venía de las extremidades del mundo á visitar el sepulcro del Salvador; y eran hombres de todas condiciones, condes, marqueses, prelados, reyes; las mujeres mismas se ponían en camino. Ese movimiento inaudito hizo creer á los espíritus, todavia agitados por el temor del fin del mundo, que iba á venir el Antecristo.,.

Las peregrinaciones rompieron el aislamiento feudal. La Europa no tenía carreteras, no tenía establecimientos para hospedar á los viajeros; en cada montaña se elevaba un castillo cuyo dueño

(1) *Vita beati Theodorici*, § 16 (BOUQUET, t. XIV, p. 66).

(2) "Fuerat ei consuetudo Romam orationis gratia frequenter pergere, ut sanctorum apostolorum et martyrum qui urbem illam protegent patrocina imploraret." *Chronica. S. Benigni Divionensis*, ad a. 1046 (BOUQUET, XI, 14).

(3) Vida del abad inglés *Benedicto Biscop*, en las *Acta Sancto-rum*, mes de Enero, t. I, p. 746: "Toties mare transit, nunquam vacuus et inutilis rediit, sed nunc librorum copiam sanctorum, nunc architectos ecclesie fabricande..."

(4) GLABER RADULPH., IV, 6.

(1) *Translatio S. Alexandri*, c. IV (PERTZ, *Monumenta*, t. II, página 676).

(2) LAPPENBERG, *Geschichte von England*, t. I, p. 108.

(3) MANSI, *Conell.*, t. XIX, p. 499.

(4) San Udalrico y San Gerardo (PERTZ, IV, 404, 405).

no vivía más que de las depredaciones; cada río era una barrera en que era necesario pagar pontazgos por puentes que no existían, ni más ni menos que la seguridad y el orden públicos. Las peregrinaciones fueron como un fermento de disolución echado en aquel estado social. Aquellos que viajaban por Dios participaban del carácter sagrado de su viaje; y el cuidar de los peregrinos era, en cierto modo, asociarse al mérito de su santa obra; ya en tiempo del imperio romano, las personas piadosas se consideraban obligadas á hospedarlos y á cuidar de ellos (1). Los primeros asilos abiertos por la caridad cristiana fueron los destinados á hospedar peregrinos. El emperador Justiniano hizo construir un hospicio para los viajeros en el camino de Constantinopla á Jerusalem. Después de la invasión de los Bárbaros desaparecieron los establecimientos públicos, pero la caridad cristiana llenó el vacío. Luis el Bondadoso fundó un hospicio para los peregrinos sobre el monte Cenís (2). Había un gran número de esos establecimientos, en las montañas principalmente; en el siglo IX, el emperador Luis II mandó que se inspeccionaran y se reparasen aquellos cuya conservación estuviera descuidada. Los hospicios del monte de San Bernardo se fundaron en el siglo X: la montaña llevaba todavía el nombre de un dios pagano, y entonces tomó el del piadoso fundador, San Bernardo de Menton (3). Muchos hospicios conservan en su actual denominación el recuerdo de su primitivo destino, la recepción de peregrinos (4).

II.

La caridad cristiana no aprovechó solamente á los peregrinos. La Iglesia ha considerado siempre la hospitalidad como un deber impuesto por el mismo Jesucristo (5): "Los ojos de la fe, dice el docto Thomassin, ven al Hijo de Dios en la persona de sus huéspedes." Los concilios no dejaban de recomendar á todos los miembros de la Iglesia el cuidado de los viajeros; y los innumerables monasterios que llenaban la Europa eran otras tantas hos-

(1) En las *Acta Sanctorum* (Febrero, t. III, p. 68) se dice que San Galicano «in Oviensi urbo sancto viro cuidam Hilarino nomine se sociavit, cujus habitationem ampliari fecit ad peregrinorum susceptionem quam ipse plurimis impendebat.»

(2) MURATORI, *Antiq.*, t. III, p. 577.

(3) MURATORI, *Antiq.*, t. III, p. 576, 578.

(4) *Hospitali sancti Peregrini, ó Hospitali (MURATORI)*.

(5) Véase la parte cuarta de estos *Estudios*.

pederías gratuitas (1); la mayor parte de aquéllos tenían pabellones especiales destinados á recibir los viajeros: lo que prueba cuán grande era la afluencia es que los conventos ricos tenían un hospicio para los nobles y otro para los pobres (2); la distinción era poco cristiana, pero aprovechaba á las clases inferiores al paso que estimulaba las liberalidades de las clases dominantes. Los monasterios rivalizaban en solicitud y cuidado á favor de sus huéspedes; y la historia debe conservar el recuerdo de los hombres que se distinguieron en medio de la caridad general: todos aquellos que fomentan las relaciones entre los pueblos son bienhechores de la humanidad. El célebre abad Pedro el Venerable dice que la abadía de Cluny era como el tesoro público de toda la cristiandad, adonde pocas personas llevaban y de donde todo el mundo sacaba, y su convento era el hospicio general de la Francia (3). La hospitalidad de Cluny se hizo célebre en toda la Europa; y el rey Enrique I de Inglaterra estableció religiosos de aquella orden en el monasterio de Redding, lugar de gran tránsito, de modo que la comunidad se ocupaba casi exclusivamente del cuidado de los viajeros (4).

Sin embargo, la hospitalidad de los conventos, por grande que fuese, no podía bastar á las necesidades de los viajeros; cuando éstos no encontraban monasterios donde guarecerse, ¿cómo se procuraban las cosas necesarias á la vida? La Iglesia y el Estado unieron sus esfuerzos para garantizar á los viajeros la existencia y la seguridad. Los inmensos concilios que en los siglos XI y XII trataron de poner algún correctivo á las violencias del feudalismo se ocuparon también de los viajeros; las *Treguas de Dios* obligaron á toda persona á que los hospedase gratuitamente y los proveyesse de alimentos á módico precio (5). Gozando los viajeros, así como los religiosos, de una paz permanente, se castigaba con la excomunión á los que los robaban (6); esto no era siempre una garantía

(1) Sobre la hospitalidad cristiana, véase á THOMASSIN, *Discipl. Eccles.*, P. III, lib. III, c. XLVII y siguientes.

(2) DUCANGE, en la *voz Hospital*.

(3) PETRI VENERABILIS, *Epist.* IV, 4: «Commune universorum hospitium et velut generale absque exceptione cunctorum asylum.»

(4) THOMASSIN, P. III, lib. III, c. XLIX, § 9.

(5) *Concil. de Colonia*, 1083 (PERTZ, *Legg.*, II, 59).

(6) El obispo de Arras amenazó con la excomunión á los dependientes de la condesa de Flándes que habían expoliado á unos habitantes de Arras cuando regresaban de Roma (1097, LAMBERTI, *Epi t. XXXI*, en BOUQUET, XV, 183).

eficaz, pero la intervención de la Iglesia fué un gran beneficio: era la única autoridad que podía mandar á los hombres de fuerza; y aún cuando alguna vez fuese desobedecida, acabó por triunfar, merced al terror que el otro mundo inspiraba á los mortales.

Las exacciones que se permitían los señores á título de derecho ponían trabas á las comunicaciones tanto como sus violencias: los pontazgos y peajes juegan un gran papel en las relaciones de los hombres durante el régimen feudal; y ¿de qué modo sustraerse á una traba que tenía la apariencia de legalidad? Intervino la Iglesia oponiéndose á que se exigieran nuevos peajes á los viajeros y comerciantes. El señor de Alais (diócesis de Montpellier) había establecido un nuevo peaje, y á instancia de los obispos, Luis VII le prohibió que lo cobrase; pero el conde desobedeció; entonces el rey recurrió á la autoridad pontificia, y los rayos de la santa sede tuvieron más fuerza que las amenazas del monarca (1). El concilio general de Lefran de 1179 decretó que los señores no pudiesen establecer peajes sin la autoridad del soberano (2). Pero la influencia de la Iglesia era solamente moral, y la faltaba fuerza material para vencer las resistencias que el feudalismo la oponía en todos los puntos de Europa. Eso no obstante, los decretos de los concilios fueron un primer paso hácia el régimen legal de que hoy gozan los viajeros en el mundo civilizado.

El feudalismo separaba á los hombres; pero el aislamiento feudal estaba combatido por el genio aventurero de la raza germánica y por el cosmopolitismo cristiano, y la influencia de la raza y de la religión fueron más fuertes que la influencia de las instituciones. Del siglo X al XI, cuando el imperio carolingio quedó fraccionado, formando los hombres sociedades tan estrechas como el círculo de sus ideas, ya existían activas y numerosas relaciones en el seno de la sociedad religiosa. Ya hemos citado algunos rasgos singulares de la ignorancia que en punto á geografía era general bajo el régimen feudal; aún pudiéramos citar otros que prueban que aquella ignorancia, hija de la disolución de los grandes Estados, no era tan general. Canuto, rey de Dinamarca, envía presentes á la

(1) LUDOVIC. VII, *Epist.* CCLII-CCLVI (BOUQUET, t. XVI, páginas 82-85).

(2) *Concil. Later.*, a. 1179, c. XXII (MANSI, XXII, 230).

iglesia de Chartres (1). Eduardo el Confesor da á la abadía de San Denis una tierra situada en el condado de Oxford (2). Los duques de Normandía hacen donaciones al Santo Sepulcro, y los frailes del Monte Sinai van todos los años á recibir aquel tributo voluntario (3). Pedro el Venerable escribe al obispo de Lieja que el monasterio de Cluny ha recibido liberalidades y beneficios de toda clase de un gran número de príncipes cristianos (4): los abades, sus predecesores, habían asociado á las oraciones y á las buenas obras de Cluny á los reyes de Francia, de Inglaterra, de España, de Alemania y de Hungría (5). La fama de un santo obispo ó de un monasterio ilustrado se difundía por los países más lejanos. Se cuenta que Annon, arzobispo de Colonia en la segunda mitad del siglo XI, recibía presentes de la Grecia y de Inglaterra, y que la Dinamarca y la Rusia le rendían homenaje (6). El convento de Fleury era célebre por su ciencia tanto como por su piedad; y el arzobispo de Cantorbery, en 942, se llevó monjes de aquel monasterio para iniciar á Inglaterra en una Regla que producía tan bellos frutos; el arzobispo de York y otros prelados fueron ellos mismos á Francia, en 960, para formarse á ejemplo de los monjes de Fleury (7). Desde el siglo X se ven extranjeros que estudian en Francia ó reclaman maestros de los monasterios franceses (8). Odon, uno de los más famosos escolares del siglo XI, fué llamado á Tournay por los canónigos de Santa María, y allí dirigió la escuela episcopal desde 1088 á 1092 con tanta celebridad, que todos los días acudían para oírle una multitud de clérigos (9), no solamente de Flándes y de Francia, sino de la Normandía y de la remota Italia (10), de la Borgoña y de la Sajonia; al ver las calles de Tournay llenas de escolares discutiendo, se hubiera creído, dice el biógrafo de Odon, que los habitantes, abandonando sus ocupaciones, se habían

(1) 1020. FULBERTI, *Epist.* XCII (BOUQUET, I, 466).

(2) 1059. BOUQUET, XI, 655.

(3) GLABER RADULPHI, I, 3.

(4) «Ab innumeris populis christiani principibus.» *Epist.* III, 2 (*Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXV, p. 898).

(5) *Bibliotheca Maxima Patrum*, t. XXV, p. 891 (*Epist.* II, 39).

(6) PERTZ, *Monumenta*, t. XI, p. 478.

(7) *Hist. literaria de Francia*, por los monjes benedictinos, tomo VI, p. 36.

(8) *Hist. literaria de Francia*, por los monjes benedictinos, tomo VI, p. 45.

(9) *Catervae clericorum*.

(10) *Ex ipsa large remota Italia*.

entregado por completo á la filosofía (1). En otra parte hemos dicho cuál fué la celebridad de la escuela de Lieja en el siglo XI (2). La escuela de *Bec*, en Normandía, contó entre sus maestros hombres tan eminentes como Lanfranc y San Anselmo, y también concurrían á ella los extranjeros (3). La Europa católica era estrecha ya para el celo de tantos hombres ávidos de saber. En el siglo X visitó Gerberto las escuelas de la España árabe. Y en 1060, un sabio de París emprendió el viaje de Atenas para estudiar las ciencias en la cuna de la civilización (4).

Un solo hecho basta para probar lo activas que eran las relaciones en la sociedad cristiana, y es el de que tenemos una historia universal escrita por un monje en el siglo XI. Orderico Vital, oriundo de Inglaterra, pasó toda su vida en un monasterio escondido en medio de los bosques de la Normandía; no salió de su celda, por decirlo así, y nos refiere, sin embargo, la historia de Inglaterra y de la Normandía, las luchas de Gregorio VII y de Enrique IV, los viajes marítimos y descubrimientos hechos por los reyes de Noruega, las cruzadas de Oriente y las de España. El monje solitario del siglo XI tenía un conocimiento más exacto de la Europa que el hombre más científico de la antigüedad, Plinio el Naturalista. Se ha dicho que nunca hubo menos relaciones entre los hombres que en los primeros tiempos del feudalismo. Nosotros creemos que, sin paradoja, se puede asegurar que el aislamiento de aquel régimen es una ilusión. En la antigüedad necesita Herodoto hacerse viajero para escribir la historia; en el siglo XI, un monje escribe los anales de los pueblos más lejanos sin salir de su convento. ¿Cómo pudo saber lo que pasaba en los mares glaciales y en los desiertos de África? El genio aventurero de los Germanos y la religión concurrían admirablemente á relacionar los hombres. Sin el cristianismo, los Normandos hubieran continuado su oficio de piratas, y ni se les hubiera visto camino de Jerusalen, ni hubieran fundado reinos en Italia, en Sicilia y en Inglaterra; así como sin el genio aventurero de la raza germánica, el cristianismo no se hubiera difundido por el mundo ni hubiese llegado á ser un vínculo

internacional. La Iglesia griega era cristiana, sin embargo de lo cual ha vivido casi aislada; y si la Iglesia latina ha tenido una vida tan activa, lo debe en gran parte á la sangre germánica, que ha regenerado el Occidente; lo debe también á la unidad de su poderosa organización.

§ II.—La Iglesia, vínculo internacional.

I.

La unidad es esencial á la Iglesia del propio modo que al cristianismo: hé ahí por qué ha encarnado en Roma, predestinada por su genio á imprimir la unidad donde quiera que ejerce su influencia. Cayeron las barreras de las naciones, en la antigüedad, ante las legiones y el derecho, los dos instrumentos con que la Ciudad Eterna conquistó al mundo. Barreras más fuertes que las nacionalidades separaban á los pueblos en la Edad Media; puesto que los separaban ideas estrechas de donde nacen estrechas relaciones; y en lugar de un centro, había tantos centros como comarcas. Pero Roma cristiana había heredado el genio de Roma pagana, é impuso sus leyes donde quiera que fué adorado el Cristo; para ella no existían las mil fronteras de las sociedades feudales; no había ciudad, ni aldea ni castillo que no se reconociese dependiente de la silla de San Pedro. Roma pagana se engrandeció asimilándose los vencidos; su ambición la elevó por cima del patriotismo hostil de la antigüedad, y se hizo cosmopolita por intereses. Bajo el régimen feudal faltaba el espacio para aquella vida á la vez expansiva y absorbente: los hombres estaban apegados al suelo, los unos como señores, los otros como siervos. Pero sobre aquella vida local y particular hay una vida general: la Iglesia se reclutaba en toda la cristiandad y llamaba á todas las inteligencias. Si la organización feudal era un principio de inmovilidad, la jerarquía católica era un principio de actividad. Los siervos y los señores morían adonde habían nacido si el espíritu aventurero de la raza germánica no los sacaba del círculo limitado de su existencia. En el seno de la Iglesia, el movimiento de una inmensa sociedad hacía las veces del genio aventurero: la vida de los prelados es tan agitada como la de los caballeros, y los solitarios hacen alguna

vez una vida más vagabunda que los guerreros. Sigamos á alguno de los personajes más célebres de la Iglesia en su azarosa existencia durante los siglos X y XI, y á pocos esfuerzos de la imaginación haríamos de su biografía una novela.

Rathier, obispo de Verona, nació en el país de Lieja; los unos dicen que fué hijo de un carpintero, mientras que otros le hacen descender de la noble alcurnia de los nobles de Vianden. Apenas había salido de la infancia, se consagró á Dios en el monasterio de Laubes, y su talento perspicaz le dió desde luego predominio sobre los otros monjes. Después de haber acabado sus estudios, anduvo de uno en otro monasterio predicando la palabra de Dios; era su elocuencia seductora, y se le obligó, joven y todo como era, á aceptar la abadía de San Amando en Laon; pero estaba destinado para una carrera más tempestuosa. Hilduino, clérigo de la iglesia de Lieja, fué llamado á Italia por el rey Hugo, y Rathier le acompañó. El clérigo liejes llegó á ser arzobispo de Milan, y Rathier obtuvo el obispado de Verona. Pero el rey, que le había dado el obispado por sorpresa, juró que el elegido no gozaría de él en su vida. En aquellos tiempos de revolución no era fácil á los obispos contentar á todos los partidos, y Rathier, acusado de parcial del rey Arnolfo, fué encerrado en una torre de Pavia para expiar allí sus culpas verdaderas ó supuestas. El prisionero dirigió sus quejas á toda la cristiandad, quejas inútiles contra la fuerza. Después de dos años y medio salió de la prisión y fué desterrado á Como, destierro que no dejaba de tener para él cierto atractivo, habiendo encontrado allí un obispo francés y desahogo para el estudio. Pero se puede sospechar que el estudio no le consoló de sus desventuras, al ver que se aprovechó de la caída de Hugo para entrar en Verona, donde Milon había sido nombrado obispo en su lugar. Aparentó el intruso que reconocía los derechos de Rathier; pero supo intrigar tan bien, que el prelado galés fué repudiado por sus propios clérigos. Esta humillación fué más dura para Rathier que la prisión en Pavia; pero los acontecimientos políticos apagaron su enojo. Obligado á huir para no caer en manos de sus enemigos, se retiró á la Provenza á casa de un señor de cuyo hijo fué maestro, obteniendo en recompensa un obispado, que renunció muy pronto para regresar á Laubes. Por aquella época, Brunon, hermano de Oton el Grande, traía á la corte

de Alemania á los hombres más eruditos para ilustrarse con su trato; Rathier acudió, y pasó allí por el más hábil. Brunon le obsequió con el obispado de Lieja en muestras de gratitud y con la esperanza de que su ciencia y su conducta serían útiles á la Iglesia. Pero Rathier no tenía el talento de hacerse amar, y mientras que celebraba las fiestas de Navidad en Laubes, los Liejeses se insurreccionaron contra él y le obligaron á abandonar su mitra. El monje de Laubes se veía detestado en su tierra natal, como lo había sido en tierra extraña, y es que le faltaba la más bella de las virtudes y acaso la más rara, la indulgencia: nacido en tiempos de corrupción, reprendía con acrimonia los vicios de los hombres, y era en sus correcciones de una dureza inflexible. Después de haber pasado dos años en Laubes, Rathier volvió á tomar el camino de Italia, formando parte del acompañamiento de Oton el Grande. El obispado de Verona estaba ocupado por un obispo simoníaco; y para recobrarle, Rathier se dirigió al papa y reclamó el apoyo de los obispos de Italia, de Francia y de Alemania. Un concilio reconoció sus derechos; mas para hacerles valer fué necesaria la protección omnipotente del emperador. Hé aquí á Rathier por tercera vez en su obispado, que tampoco debía conservar largo tiempo. El clero italiano era tan corrompido como ignorante, y el obispo de Verona le reprendió públicamente, echándole en cara todos sus vicios; lo que le decía era verdad, pero la verdad en boca del obispo galés hería y no curaba; los Italianos se vengaron, y Rathier no vivía seguro en medio de su Iglesia. Uno de sus discípulos, que había llegado á ser obispo de Lieja, supo sus tribulaciones y le rogó con grandes instancias que se retirase y se fuese á su lado. Rathier pasó los Alpes; pero su genio inquieto no le dejaba reposo en parte alguna. Obtuvo del rey de Francia la abadía de San Amando; pero no había pasado en ella una noche, y ya estaba disgustado. El obispo de Lieja le dió un territorio á orillas del Sambra, y Rathier le abandonó también por la abadía de Monte-Alto. El fin de su carrera agitada estuvo lleno de conflictos: envuelto, no se sabe por qué motivos, en una grave contienda con los monjes de Laubes, se instaló con violencia en la abadía donde había recibido siendo niño el pan de la vida. Duraron aquellos desórdenes un año; y habiendo muerto su protector, el obispo de Lieja, Rathier dejó á Laubes, se retiró

(1) *Vita Ottonis*, § 1 (BOUQUET, XIV, 80).

(2) Véase la parte sexta de estos *Estudios*.

(3) LAPPENBERG, *Geschichte von England*, I, II, p. 292.

(4) *Acta Sanctorum*, II de Abril, p. 7, núm. 5.